

III

¿VENUS O VESTA?

Cayo Opio a Tulio

Al separarnos en Roma me decías que encontraría yo aquí alguna seductora asiática o alguna hermosa judía, que sabrían embellecer mi destierro, y pretendías tener derecho a ser el depositario forzoso de mis confidencias sobre el particular.

Pues bien, mi querido amigo, si te escribo en estos momentos lo hago menos para reiterarte mi amistad que para referirte un principio de aventura, que podría terminar en delicioso idilio, o en drama.

¿Querrá Venus castigarme por haberla despreciado en la última carta que te escribí? ¿o será, por el contrario, Vesta, la que querrá recompensarme por haberla elogiado? No lo sé, pero me inclino a creer que no es una sacerdotisa de Citeres, sino más bien una vestal, la mujer que he encontrado hace dos días.

Volvía a caballo de un paseo a Tiberiades cuando en una avenida que conduce a una elegante casa de campo, vi a una joven, acompañada de su criada, que corría precipitadamente, huyendo con espanto de un hombre que la perseguía y que ya estaba a punto de alcanzarla. Como buen guardián del orden público, volé a su socorro, y bastó la vista de mi espada para poner en fuga al importuno.

La joven me dió gracias muy conmovida y me permitió acompañarla hasta su puerta, invitándome a descansar. Pero lo hizo como cohibida, y sin levantar apenas los ojos del suelo, y yo creí no deber aceptar, aunque solicitando el permiso de volver otro día a pedir noticias suyas. No me contestó, y cuando ayer llamé a su puerta, no fui recibido.